

hablarte con más espacio de *La nueva Fedra*. Sólo se leyó el primer acto y por consiguiente sólo de éste puedo hablarte. Una cuestión previa: ¿Qué es lo que me disgusta en la tragedia? ¿Es la tragedia en sí; son todos los viejos accesorios usados, los confidentes, las tiradas enfáticas, los alejandrinos pesados y regulares, etc., etc? Cuando el señor Pages (de Tarn) me dijo que era partidario de las innovaciones, creí que había abolido todas estas antiguallas. Nada de eso; sus novedades se reducen á un cambio de las costumbres; el vestido negro en lugar de la toga romana; á un cambio de nombre: el nombre de Abel en vez del de Hipólito. Por otra parte, no se da cuenta de un escollo; queriendo hacer, como dice, la tragedia del hombre y no la de los reyes y héroes; eligiendo un asunto burgués, ¿no debe temer que resulte mucho más ridículo todavía el énfasis y la declamación en el círculo mezquino de una familia? Teseo, Hipólito, pueden invocar á los dioses; de ellos descenden; pero tal ó cual marchante enriquecido resultará perfectamente ridículo moviendo los brazos en el aire. Es decir, que estos dramas que se agitan confusamente en las sombras de una casa, que estas pasiones terribles que desolan á una familia, no presentan ningún interés, no son dignas de ser colocadas sobre la escena. Lejos de esto, sólo es menester, según mi opinión que el estilo se encuentre acorde con el género, y, en verdad, el viejo estilo clásico, las exclamaciones, las perifrasis, son lo que hay de más falso en el mundo en la boca de una burguesita.—Por otra parte, este primer acto es pródigo de hermosos versos; las situaciones están calcadas en Racine, pero esto está en el asunto.—Si se me preguntase mi opinión sincera, respondería que esta tragedia es literaria, está bien versificada, que es mucho más apasionada que las tragedias clásicas, destinada, según mi modesta opinión, á un éxito brillante ó á una caída completa; pero, en forma alguna á hacer una revolución en litera-

tura, como quiere su autor, ni es la última palabra del arte dramático. Me detengo falto de asunto, á no ser que te diga que Chaillan cantó y fué estrepitosamente aplaudido, que un señor que se encontraba con nosotros nos invitó á los dos á una velada donde deben encontrarse los actores del Odeón, y que nos acostamos después de las doce.—El señor Pages (de Tarn) me pregunta de pronto: «¿Quiere usted seis versos desesperantes?—¡Pardiez!, le contesto, éstos son *seis vasos vacíos*.—El bravo hombre queda con la boca abierta.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te envío tres hojas y las tres son distintas.—Esto prueba que tenía tres cajas de papel y que ya no me queda ninguna.

XXXVI

París, 13 junio 1860.

Mi querido Pablo:

El otro día, en una hermosa madrugada, me he perdido lejos de París, por los campos, á tres ó cuatro leguas.—¿No amas las amapolas, esas estrellitas que centellean en los trigos, esas flores tan graciosamente bellas? Los poetas ¡ay! han usado y abusado de las flores. ¿Quién osará hablar de la rosa, escribir dos líneas sobre el pensamiento, lanzar exclamaciones ante las lilas, las madresevas, etc., etc.? Hago, pues, muy mal en hablarte de las amapolas y en decirte que reuní un bello y grande ramillete, lo mismo que una pensionista de convento, vestida de blanco, púdica y juguetona. ¡Dios mío! sí, un gran ramillete, corriendo por los prados, alegre de no ver casas, de marchar sobre el rocío de crearme en Provenza, de caza, en una hermosa partida de campo. Me encontraba solo y me

entregaba á la alegría con todo mi corazón; seguro de que no había nadie para ridiculizarme, iba aumentando mi ramillete. Las amapolas son flores llenas de encanto; apostaría á que no lo has observado nunca. Mi buen viejo, imítame cualquier día, corre á coger las flores á puñados, por la mañana cuando todavía el sol no haya secado el rocío en sus corolas; hazte el niño por una hora; después verás aquella bella tinta encarnada, aquellas hojas graciosas; se diría un montón de finos encajes.

El hecho fué que después de haber corrido durante dos horas largas, sentí un gran apetito. Levanté la cabeza; por todas partes árboles, trigo, setos, etcétera. Me encontraba en un país que era totalmente desconocido. Al fin, por encima de un viejo roble, distinguí un campanario; un campanario supone un pueblo; un pueblo, un albergue. Dirigime hacia la iglesia y no tardé en encontrarme instalado delante de un frugal almuerzo, en un café cualquiera. En este café—y éste es el punto á que quería llegar, lo demás no es más que un prefacio—observé en la entrada unas pinturas que me impresionaron. Eran grandes cuadros, como los que quieres pintar en tu casa, pintados sobre tela, representando las fiestas del pueblo; pero con una gracia, unas pinceladas tan seguras, una interpretación tan perfecta del efecto, y de la perspectiva que me detuve embobado. Jamás había visto tales cosas en un café, ni aun en los de París. Se me dijo que era un artista de veintitrés años el que había hecho estas obras maestras en pequeño. En verdad, que si vienes á París, iremos hasta Vitry—éste es el nombre del venturoso pueblo,—y estoy seguro de que admirarás como yo. Tal vez me he dejado llevar por el entusiasmo, pero no creo equivocarme anunciando que este joven aprendiz tiene porvenir.

Me das una noticia que me sorprende en grande: el matrimonio de Escoffier-Don-Juan, de Escoffier el calavera, el libertino, etc., etc. Al diablo, si creía que

había de ser éste el primero que se casase de mis amigos. ¿Lanzaré grandes exclamaciones sobre el matrimonio por dinero? ¿Y para qué? Esto sería por lo menos ridículo y, en todo caso, más que inútil. Guardemos avaramente nuestros buenos sueños; dejemos á los demás patalear en la prosa. Además ¿quién sabe? Es muy posible que sean ellos más felices que nosotros. Hasta me hacía la siguiente reflexión la otra noche pensando en este querido Escoffier: He aquí un mozo—me decía—cuyo camino había estado bordeado de flores sin espinas. Hasta los veintidós años ha llevado una vida de pereza y de placer; después en el momento en que necesitaba elegir una carrera, hace un trabajo cualquiera, encuentra buenamente una dote de veinte mil francos que le tiende los brazos. Ahí está la carrera, la posición encontrada. Sé que por esta vez la rosa tiene una espina, pero ¿qué importa? ¡cuántos habrá que envidiarán su suerte! Cuando se puede marchar rastreramente, no ser atormentado por locas ideas como yo, ¿no es gran alegría ver cien mil francos caer amorosamente á vuestro lado? Por mi fe, por el momento la prosa vive, lo repito, Escoffier debe ser feliz. No es decir esto que yo sería venturoso de encontrarme en su lugar, ¡eso nunca! Cada cual en su medio, viejo mío; el pájaro en el aire; el pez en el agua.

Veo á Chaillan muy á menudo. Ayer nos pasamos juntos la noche; antes de medio día debo ir á buscarle al Louvre. Me ha dicho que te escribió anteayer, por consiguiente no te hablo de sus trabajos. Combes está aquí; Chaillan debe hablarte de él. Los otros artistas á quienes veo son Trupheme, el joven, Villevielle, Chotard; respecto á Ampérère, no he podido encontrarle todavía. Chaillan y yo hablamos algunas veces de Fournier; ¿sabes cuál es su residencia, qué hace? Para nosotros, ausencia completa de nociones en este asunto.—Esperemos para comenzar el magnífico cuadro de que te hablaba á que yo esté instalado

en un cuarto que acabo de alquilar. Viejo mío; en el séptimo; la habitación más alta del barrio; una inmensa terraza desde donde se ve todo París; un cuartito delicioso que voy á amueblar á la última moda: diván, piano, hamaca, pipas con profusión, pipa turca, etc. Después flores, luego una pajarera, un surtidor, una verdadera hechicería. Te hablaré de nuevo de mi granero con todos sus embellecimientos cuando estén terminados. El 8 de julio la mudanza.—Baille que vendrá indudablemente á París en el mes de septiembre, gozará de mi asilo: ¡que no pueda yo decir otro tanto de tí! Chaillan debe explicarte todas las felicidades que los pintores que principian encuentran aquí.

Pronto hará quince días que estoy hilando un amor de los más platónicos. Una jovencita, una florista que vive al lado de mi casa, pasa bajo mi ventana dos veces al día; por la mañana á las seis y media y por la noche á las ocho. Es una rubita, pequeñita y graciosa de mano breve y diminuto pie; una griseta de las más gentiles. A las horas en que debe pasar, me pongo puntualmente en mi ventana, ella pasa, eleva los ojos, cambiamos una mirada, hasta una sonrisa; después... eso es todo. ¿Es locura ¡Dios mío! amar así á una florista, la menos cruel de las bellezas parisinas? Nada de seguirla; nada de hablarla. ¿Quieres que te lo diga? Esto es pereza é ilusión á la vez. Resulta mucho menos fatigante amar así; espero á mi adorada fumando mi pipa. ¡Después los bellos sueños! No conociéndola, puedo dotarla de mil cualidades, inventar mil aventuras delirantes, verla, oírla hablar á través del prisma de mi imaginación. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿No sabes tú tan bien como yo los encantos de este amor platónico de que tanta burla se hace? Dejemos ridiculizar á los tontos; locura y cordura son dos palabras sobre cuya significación no se estará de acuerdo jamás. Mi viejo, ¿por qué no estoy cerca de tí, para beber de firme, para discu-

tir locamente, acostados sobre el césped con la cabeza á la sombra y los pies al sol? Epicuro fué un hombre cuerdo; el mundo nada tiene que hacer de nosotros, pobres miserables, y nosotros nada tenemos que hacer del mundo. ¡Eh! ¡Pobre Cristo! que se os deje vivir en paz, el vaso en la mano y la canción en los labios, soñando y durmiendo en espera del gran sueño.—Quiero ir á tu lado en el mes de agosto, nada más que para divagar y beber buenos tragos. ¡Vive Dios! nosotros vaciaremos más de una y de las mejores todavía! No me hablas de Derecho. ¿Qué haces? ¿sigues enredado con él siempre?—He observado que tenemos constantemente necesidad de una pena ó de un amor sin cuyas condiciones la vida es incompleta. Por otra parte, la idea del amor entraña siempre la del odio y viceversa. Amas á las mujeres bonitas, luego detestas á las feas; odias la ciudad, luego amas el campo. Bien entendido, que no hace falta llegar á más lejos. Sea lo que fuere te repito que tenemos necesidad para vivir bien de amar y de aborrecer alguna cosa; de amar para dejar expansionarse nuestra alma en nuestras buenas horas; de odiar para jurar y romper los vidrios en nuestros malos momentos. Tal es el hombre en general, es decir, el hombre bueno y malo, que tiene cualidades y defectos. El verdadero sabio sería aquel que no tuviese más que amor y en cuya alma no encontrase lugar nunca el odio. Pero como no somos perfectos—¡á Dios gracias! esto sería demasiado fastidioso—y te pareces á todos los demás, el amor tuyo es la pintura y el Derecho tu odio. He aquí, como diría Astier, lo que se trataba de demostrar.

Me aseguras que algunas veces relees mis antiguas cartas. Es un placer que te pago á menudo. Guardo todas las tuyas; en ellas están mis recuerdos de juventud.—¿Hace falta que el hombre sea miserable? ¡Siempre desear, siempre echar de menos, siempre querer que llegue el porvenir! Después, cada vez que la

mirada se vuelve hacia el pasado, ¡siempre verter lágrimas amargas! ¡Qué pobres animales somos; no saber aprovechar el minuto presente; gastarlo por un deseo ó por un arrepentimiento! En verdad que á veces siento la tentación de dirigirme al cielo y de gritarle á Dios: «Dime: ¿por qué nos has formado de arcilla tan inmunda? ¿por qué encerraste tu sopro divino en una tan innoble prisión que las paredes han manchado al celeste prisionero?» Cierto que no lanzaría este grito á propósito de tus cartas. Cuando te releo, si echo de menos los tiempos pasados, es un recuerdo exento de lágrimas; por el contrario, soy feliz por un cuarto de hora, vuelvo á vernos más jóvenes, reunidos y alegres. Después pienso en lo futuro, me pregunto si estos buenos tiempos volverán, y espero. ¿Y por qué no había yo de tener esperanza? ¿No somos jóvenes todavía, llenos de sueños, apenas en los comienzos de la vida? ¡Vaya! dejemos los recuerdos y los nostalgias, para los viejos; es su tesoro; es el libro del pasado que ellos hojean con mano temblorosa y enterneciéndose á cada página. Y, puesto que sabemos gozar del presente, pensemos en ese bello porvenir desconocido que podemos adornar con los más ricos colores. Esperemos, viejo mío, espere-mos estar reunidos algún día, gozar de nuestra santa libertad, y marchar riendo hasta que los pies tropiecen contra la piedra de la tumba.

Mi poema continúa siempre en el mismo punto: en el principio del tercero y último canto. Uno de estos días de buen tiempo trataré de terminarlo.—Si ves á Houchard, dile que aun no ha llegado su carta á mis manos; dile también que le escribiré pronto y que le estrecho la mano.

Háblame un poco de las procesiones. En estos tiempos de santa coquetería, con el pretexto de adorar á Dios en sus más bellos atributos, se va á que le adoren á uno mismo. ¡Qué de billetitos dulces ha visto la iglesia deslizarse en manos pequeñas.—Háblame

de Marguery (de Marte curado (1), entendámonos). Háblame, háblame de ti: estoy ávido de noticias. Tú que no miras jamás por ti, mira un poco por mí, contándome todo lo que hayas visto.—Una última cuestión: «¿Cómo llevas la barba?»

Mis respetos á tus padres.—Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

XXXVII

París, 25 junio 1860.

Mi querido viejo:

En tu última carta me pareces descorazonado; me hablas nada menos que de colgar los pinceles en el techo. Gimes en la soledad que te rodea; te aburres.—¿No es la enfermedad de todos este terrible aburrimiento, la enfermedad del siglo? y el descorazonamiento, ¿no es una de las consecuencias de este *spleen* que nos aprieta la garganta?—Como dices bien, si yo estuviera á tu lado trataría de consolarte, de darte valor. Te diría que no somos más que niños; que el porvenir nos reclama y que hay cobardía en retroceder en la tarea que nos hemos impuesto; que la gran cordura está en aceptar la vida, tal y como ella es; en embellecerla con sueños, pero sabiendo bien que son sueños los que la componen.—Dios me perdona si soy tu mal genio, si debo hacer tu desventura alabando el arte y la ilusión. Me niego, á pesar de todo, á creerlo; el demonio no puede ocultarse en nuestra amistad, y dirigirnos á nuestra perdición. Vuelve á tener valor; coge de nuevo tus pinceles; deja á tu imaginación errar vagabunda. Tengo fe en ti; por otra par-

(1) Resulta imposible en castellano este juego de palabras: *de Mars guéri*, dice el original.

te, si provocho el mal, que este mal recaiga sobre mi cabeza. Valor, sobre todo, y reflexiona bien antes de entrar en este camino en las espinas que puedes encontrar. Sé hombre; deja por un instante á un lado los sueños y obra. Lo repito: que Dios me perdone si te doy malos consejos. Creo hablar por tu bien; tengo conciencia; si se me acusa, no sería la primera vez que se me injuriaría sin haberlo merecido. Mi corazón chorreará sangre, pero diré como Cristo: «Señor, ten piedad de ellos; no saben lo que se hace.»

Déjame hablar un poco de mí; lo que acabo de decirte ha vuelto á abrir en mi corazón cicatrices sangrientas.—Llegué al mundo con la sonrisa en los labios y el amor en el corazón; tendí las manos al público, ignorando el mal; sintiéndome digno de amar y de ser amado, buscaba amigos por todas partes. Sin orgullo aunque sin humildad, me dirigía á todos, no viendo pasar por mi lado ni superior ni inferior. ¡IrrisIÓN! Se me lanza á la cara sarcasmos y menosprecios; oigo á mi alrededor murmurar sobrenombres odiosos; veo á la muchedumbre alejarse y señalarme con el dedo. Incliné la cabeza durante un rato preguntándome qué crimen había podido cometer yo, tan joven, yo, cuya alma era tan amante. Pero cuando conocí mejor el mundo, cuando lancé una mirada más tranquila á mis calumniadores, cuando vi aquella luz, tuve lo que necesitaba, ¡vive Dios! levanté la frente y una inmensa fiereza reanimó mi corazón. Me reconozco grande al lado de los enanos que se agitan á mi alrededor; he visto cuán mezquinas eran sus ideas; cuánta tontería encerraban en el cuerpo, y vibrante de gozo, he proclamado como dioses al orgullo y al menosprecio. Yo, que hubiera podido disculparme, no quise descender á tanto; he concebido otro proyecto: los aplastaré bajo mi superioridad, y haré que les roa esa serpiente que se llama envidia. Me dirigiré á la poesía, esta divina consolación; y si Dios me guarda un nombre, ¡con cuánta voluptuosidad les lanzaré, á

mi vez, este nombre á la faz como un sublime mentís á sus estúpidos menosprecios.—Pero si tengo orgullo para esos brutos, no lo tengo para vosotros, amigos míos; reconozco mi flaqueza, y por toda cualidad no me reconozco más que la de amaros.—Como el naufrago que se aferra á la tabla que sobrenada, me he aferrado á ti, mi viejo Pablo. Me comprendías, tu carácter me era simpático; había encontrado un amigo y daba por esto gracias al cielo. He tenido el temor de perderte en muchas ocasiones; ahora esto me parece imposible. Nos conocemos demasiado bien, para que lleguemos á detestarnos.—Perdóname el haberte hablado de estas cuestiones abrasantes; he creído deber hacerlo para aumentar, si esto es posible, nuestra amistad.

El día de ayer lo he pasado con Chaillan. Como me has dicho, es un muchacho que tiene cierto fondo de poesía, lo que le falta es dirección.—Debo ir mañana á su casa á verle trabajar; está haciendo un lienzo que representa un barco batido por la tempestad y tripulado por un marinero aterrorizado; en el fondo una Virgen aparece á su ruego y aleja con una mano el huracán. El asunto está tomado de uno de esos grabados que se colocan en la primera página de los novelones. Tal es la idea; cuanto á la ejecución, es demasiado dura; sobre todo como color, como armonía de tintas. Siendo el asunto tan difícil de tratar, esta niebla, este mar, estos relámpagos, esta aparición, este caos de cielo y de olas que presentan gran dificultad para ser propiamente representadas, y no teniendo el pintor el talento que se requiere, la obra, me lo temo, será bastante mediocre.—Por lo que lleva hecho, juzgo que se parecerá más de lo conveniente á esos innobles exvotos que están colgados en la Magdalena, en Aix.—El jueves debo ir á comer con Chaillan á casa de una familia provenzal residente en París, con motivo de la primera comunión de la hija de la casa.—Respecto á la jornada de ayer, creo

—Dios me perdone—que nos emborrachamos un poco. Titubeando, prodigándole los más dulces nombres, le acompañé hasta su casa, donde le dejé después de mil apretones amistosos. Trabaja *unguibus et rostro* deseando de todo corazón tenerte por compañero.

Cuento siempre con ir á verte pronto. Necesito hablarte; las cartas son bastante buenas; pero nunca se dice todo lo que se quiere decir. Me encuentro cansado de París; salgo muy poco y si fuese posible iría á establecerme á tu lado. Mi porvenir continúa siempre lo mismo: muchas sombras y tan cubierto de nubes que mis ojos le interrogan en vano. No sé verdaderamente á dónde voy: que Dios me conduzca.—Escribeme á menudo; esto me consuela. ¡Sé cuánto odias la muchedumbre; no me hables más que de ti; y sobre todo no temas jamás enojarme.—Animo y hasta luego.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Me ha escrito Marguery; no tengo tiempo de contestarle. Dile solamente que firme con mi nombre: Emilio Zola, las novelitas que le he enviado. Esas obritas deben aparecer un día, y sería ridículo tomar un pseudónimo.

XXXVIII

julio 1860.

Mi querido Pablo:

Permite que me explique por última vez franca y claramente; me parece todo tan malo en nuestros negocios que estoy de un mal humor increíble.—¿No es la pintura para ti más que un capricho que te ha venido á coger por los cabellos un hermoso día en que te aburrías? ¿No es más que un pasatiempo, un

asunto de conversación, un pretexto para no estudiar Derecho? Entonces, si es así, comprendo tu conducta: haces bien en no llevar las cosas al extremo y de no crearte nuevos cuidados de familia. Pero si la pintura es tu vocación—y esto es lo que he creído ver siempre,—si te sientes capaz de pintar bien, después de haber trabajado mucho, resultas para mí un enigma, una esfinge, un no sé qué de imposible y de tenebroso. Una de dos: ó no quieres y alcanzas admirablemente tu objeto; ó quieres y entonces no te comprendo. Tus cartas tanto me dan mucha esperanza como me la quitan. Tal es la última en la que parece casi que dices adiós á tus sueños que con tanta facilidad podrías convertir en realidad. En esta carta he procurado en vano comprender esta frase: «Voy á hablar para no decir nada, porque mi conducta contradice mis palabras.» Hice infinitas hipótesis sobre el sentido de estas palabras y ninguna me satisfizo. ¿Cuál es, pues, tu conducta, la de un perezoso, sin duda? ¿Se te fuerza acaso á un trabajo que te repugna? Quieres pedirle á tu padre que te deje venir á París para hacerte artista; no veo ninguna contradicción entre esta demanda y tus acciones; dejas el Derecho, vas á un museo, la pintura es el solo trabajo que aceptas; de aquí resulta que encuentro un admirable acuerdo entre tus deseos y tus acciones.—¿Quieres que te lo diga?—sobre todo no te enfades:—te falta carácter; tienes horror á la fatiga, cualquiera que ella sea, de pensamiento como de acciones; tu gran principio es el de dejar correr el agua, y te remites al tiempo y al azar. No te digo que estés completamente equivocado; cada cual ve á su manera, ó lo cree por lo menos. Sólo que ese sistema de conducta lo has seguido ya en amor; esperabas, según decías, el tiempo y una circunstancia; lo sabes mejor que yo, ni el uno ni la otra llegaron. El agua corre siempre, y el nadador se encuentra un día asombrado al no encontrar más que arena ardiente.—He creído deber repe-

tírte por última vez aquí lo que te he dicho muy á menudo: mi título de amigo excusa mi franqueza. En muchos aspectos nuestros caracteres son semejantes; pero, ¡por la cruz de Dios! si estuviese en tu lugar, querría tener la palabra, jugar el todo por el todo, no flotar entre dos cosas de tan distinto porvenir como el taller y el foro. Te compadezco porque debes sufrir con esta incertidumbre, y éste sería un nuevo motivo que yo tendría para desgarrar el velo; ó una cosa ú otra: sé verdaderamente abogado ó sé verdaderamente artista, pero no consientas ser un hombre obscurecido vistiendo una toga manchada de pintura.—Eres un poco negligente—sea dicho sin ofenderte—y sin duda dejas mis cartas por cualquier lado y las lee tu familia. No creo darte malos consejos; pienso hablar como corresponde á la amistad y según la razón. Pero, probablemente, no todos ven las cosas como yo las veo, si lo que supongo más arriba es verdad, no debo ser de los mejores para tu familia. Soy sin duda para ellos la amistad peligrosa, la piedra lanzada en tu camino para hacerte descarrilar. Todo esto me aflige excesivamente; pero, ya te lo he dicho, me he visto tan mal juzgado, á menudo, que no me asombrará un juicio falso añadido á los otros. Sigue siendo mi amigo y esto es todo lo que deseo.

Otro pasaje de tu carta me ha afligido. Lanzas algunas veces, según dices, los pinceles al aire cuando la forma no sigue á tu idea. ¿Por qué esos descorazonamientos y esas impacencias? Los comprendería después de años de estudio, después de millares de esfuerzos inútiles. Reconociendo tu nulidad, tu imposibilidad de pintar bien, obrarías cuerdamente entonces, pisoteando paleta, lienzo y pinceles. Pero tú, que no has tenido hasta ahora más que el deseo de trabajar, tú, que todavía no has puesto mano á tu tarea seria y regularmente, tú, no estás en el derecho de juzgarte incapaz. Animo pues; todo lo que has hecho hasta aquí no es nada. Animo y piensa que para lle-

gar á la meta, te faltan años de estudio y de perseverancia. ¿No me encuentro en el mismo caso que tú? ¿no huye la forma igualmente bajo mis dedos? Tenemos la idea; marchemos franca y valientemente por nuestro camino y que Dios nos guíe.—Por otra parte, me gusta la poca confianza en sí. Chaillan encuentra excelente todo lo que hace; es que no tiene nada más en la cabeza que un ideal que cree haber conseguido. Así no se elevará jamás, porque se cree ya elevado, porque está contento de sí.

Me pides detalles sobre mi vida material. He dejado los Docks, ¿he hecho bien ó mal? cuestión muy relativa y según los temperamentos. Lo único que puedo responder es que no podía permanecer allí y que he salido.—Lo que pienso hacer, ya te lo diré más tarde, cuando lo ponga en ejecución: Por de pronto, he aquí mi vida: hemos empezado el cuadro de Anfiou, en mi cuartito del séptimo; un paraíso ornado de una terraza desde donde descubrimos todo París; un refugio tranquilo y lleno de sol. Próximamente á la una viene Chaillan. Pajot, joven de quien ya te he hablado, llega poco después; encendemos nuestras pipas, de modo que al cabo de algún tiempo, no nos vemos á cuatro pasos. De ruido, nada te digo; estos señores cantan y bailan, y, por mi fe, los imito. Apostaría á que buscas los vasos y las botellas; has perdido la razón: helas allí en la esquina de mi mesa, llenas de un cierto vinillo blanco que se llama de San Jorge, el cual se parece bastante á un vino en sazón por su gusto delicioso y por su perfidia. El muy fullero sorprendió anteayer á Chaillan y tan bien le aturdió de un golpe asestado traicioneramente, que el bravo joven andaba á la greña con cada mosca que pasaba y se fumaba su yesca con gran afán, jurando que fumaba un excelente tabaco. Yo... me puse medio desnudo; la cosa tiene sus defectos, pero, en el fondo, es lo más sublime del espectáculo. Pajot escribió al dictado los versos que me pasaron por la

cabeza, ya bufones ya serios, nacidos bajo el incienso de nuestras pipas y en medio del tintineo de los vasos. Es un verdadero fumadero, un cuadro que no tiene nombre; no lamento más que una cosa y es que tú no estés aquí para reír con nosotros.—Por la mañana escribo siempre un poco; por la tarde antes de la sesión, leo algunos versos de Lamartine, de Musset ó de Victor Hugo. Así transcurren mis días; me aburro mucho menos que este invierno y, no obstante, no es éste todavía el género de existencia con que sueño. El tumulto no es bueno más que á sus horas; fatiga cantar y reír siempre. No trabajo lo bastante y me voy haciendo viejo. Si vienes á París, trataremos de regular nuestro tiempo de trabajo, para afirmarnos lo más posible, sin olvidar, sin embargo, la pipa, el vaso y la canción.

Anfion, bajo el pincel de Chaillan toma la apostura de un mono que se encuentra de mal humor. Bien considerado todo, desespero más que nunca de este mozo como artista. Copista bastante mediocre, cuando necesita inventar, es completamente malo. Es un buen niño y no será nunca más. Trabaja mucho, retoca, prepara, según creo: mientras te escribo tengo ante los ojos una triste muestra de sus progresos. Te envío en la página siguiente una de las poesías de que te hablaba hace poco, hecha en medio de la algarazara y escrita, á falta de papel, sobre la pared de mi cuarto.

Acabo de recibir una carta de Baille. Nada comprendo de ella: he aquí una frase que leo en esta epístola: «Es casi cierto que Cézanne vaya á París: ¡qué alegría!» ¿Habla por lo que le has dicho? ¿Le has dado verdaderamente esta esperanza en los últimos días, cuando ha vuelto á Aix ó bien ha soñado y da como verdadero tu deseo? Te lo repito: no he comprendido nada. Te ruego que me digas las cosas francamente en tu primera carta; desde hace tres meses, no hago otra cosa que decirme sucesivamente y

según las cartas que recibo: Vendrá, no vendrá.—Tratemos, por Dios, tratemos de no parecernos á las velas.—La cuestión es demasiado importante para pasar del blanco al negro; francamente, ¿cómo están tus negocios?

No te envío los versos que preceden (1) como una cosa sublime. Acaban de llenar mi carta y nada más.

Mi viaje está fijado, como sabes, para el 15 de septiembre. Iremos los dos hasta Trets, á pie se sobrentiende; Chaillan lo pide á grandes gritos.

Espero á Houcharde. Hasta luego. Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

¿Y de tu examen? ¿Te examinaste? ¿Te examinarás? Dí á Marguery que no lo olvido, que mi silencio es debido á falta de asunto. Le escribiré, sin embargo, cuanto antes.

XXXIX

París 1.º Agosto 1860.

Mi querido Pablo:

Releyendo tus cartas del año último, he tropezado con el poema de Hércules entre el vicio y la virtud; ¡pobre sueño perdido, que has olvidado sin duda y que estaba igualmente fuera de mi memoria! No sabré explicarme, pero he sentido un gran placer con esta lectura; diversos pasajes, algunos versos aislados me gustaron infinitamente. Si tú mismo lo volvieses á leer, te asombrarías, estoy persuadido de ello, y te preguntarías, si eras tú mismo el que lo habías escrito. Es, por otra parte, el efecto que me hacen á mí mismo los hemistiquios perdidos y vueltos á encontrar entre mis viejos papelotes. Te digo, pues, que estos versos olvidados me han parecido mejores que

(1) Estos versos á que se refiere fallan en el original francés. (N. del T.)